

afirmación? (Cap. 2); ¿seremos capaces de responder a lo que nos llama sin nombrarlo? (Cap. 3); ¿cómo decir del *neutro* que es a la vez el *desastre* del que hay que apartarse y lo desconocido hacia lo que nos debemos acercar? (Cap. 4); y, ¿por qué todavía debemos callar aquello que vigilamos —ante lo que estamos en vigilia? (Cap. 5).

Jérôme de Gramont nos desvela, al concluir el apéndice, la ambigüedad de la obra, la duplicidad del canto y, siguiendo a Blanchot, nos insta a guardar esta dualidad. Por un lado, la experiencia de la noche, de lo neutro, del *desastre*. Por el otro, la posibilidad de vivir en Orfeo, el *Sí* ligero, silencioso, transparente y radiante, que es la esencia de la literatura.— JOAN CABÓ.

FERNÁNDEZ BUEY, FRANCISCO, *Para la tercera cultura. Ensayos sobre ciencias y humanidades* (Edición de Salvador López Arnal y Jordi Mir), El viejo topo, Barcelona 2013, 406 pp.

El libro que vamos a reseñar es el trabajo póstumo de Francisco Fernández Buey, un puntal del pensamiento emancipador que nos dejó en agosto de 2012, a los 69 años de edad, en uno de los momentos más críticos de la historia contemporánea de España, precisamente cuando más falta nos hacía su discurso crítico y su fe en las utopías. La edición de la obra está a cargo de Salvador López Arnal y Jordi Mir, colaboradores y amigos del autor y está prologada, además de por los editores, por Jorge Riechmann (también amigo y colaborador de Paco) y por Alicia Durán.

Francisco Fernández Buey fue un intelectual en el pleno sentido de la palabra, de vasta cultura, interesado no solo por la filosofía, sino por la ciencia, la política, la historia, la sociología, etc. Se daba perfecta cuenta de que la especialización de los saberes, algo tan típico de nuestro tiempo, no contribuía en nada a la solución de los problemas del mundo actual, es más, los agudizaba. La intención de este libro es, precisamente, demostrar la necesidad de poner en diálogo a las ciencias experimentales, las ciencias sociales y las humanidades, es decir, la necesidad de ir hacia una cultura

integradora y sólida basada en el pensamiento crítico. Pues solo esta cultura integradora puede conducirnos a «ser auténticos responsables de nuestra evolución para convertirnos en ciudadanos competentes en sociedades cohesionadas y justas».

La obra se divide en tres capítulos y unas conclusiones. En el primero, titulado «Humanidades y tercera cultura», siguiendo el planteamiento del humanista George Steiner, se habla de la necesidad de que los estudiantes de humanidades reciban también una formación científica puesto que, sin esta formación, no es posible entrar en los grandes debates de nuestra sociedad actual, en la cual la ciencia tiene un protagonismo esencial. Igualmente, para nuestro autor no hay duda de que también los científicos y los tecnólogos necesitarán de una buena formación humanística que les ayude a superar los viejos prejuicios del cientificismo positivista, que sigue considerando que el progreso humano es una derivación del progreso científico-técnico.

El segundo capítulo lleva como título «Lecturas para la tercera cultura» y en él Fernández Buey se dedica a analizar, en primer lugar, *La vida de Galileo*, del poeta y dramaturgo alemán Berthold Brecht, obra en la cual se muestra al público lo que fue Galileo como persona y lo que representó como científico. La segunda parte de este capítulo está dedicada a un texto que para nuestro autor es fundamental y que, en su opinión, deberían leer juntos humanistas y científicos: *El Paraíso perdido* de John Milton. La lectura de este texto opina que sería esencial para pensar eso que se viene llamando *tercera cultura*.

El tercer y último capítulo lleva como título «Ciencias sociales y Tercera Cultura» y se divide a su vez en tres partes. En la primera, Fernández Buey intenta resolver la debatida cuestión de qué entendemos por ciencias sociales, haciendo un repaso por las distintas formas de entender las ciencias sociales, desde el siglo XIX hasta nuestros días. La segunda parte la dedica nuestro autor a señalar la importancia que tiene el diálogo entre economistas y humanistas. Y en la tercera, se señalan las conclusiones de este recorrido por las relaciones entre cul-

tura científica y cultura humanística que serían, en resumen, las siguientes: 1ª El humanista de nuestra época no tiene por qué ser un científico en sentido estricto pero tampoco la contraposición del científico natural. 2ª El humanista de nuestra época podría ser también un amigo de la ciencia. 3ª Hemos de aspirar en el siglo XXI a una «tercera cultura», es decir, a una ciencia con conciencia. 4ª Todo esto obliga a dar importancia a la forma de exponer los resultados científicos alcanzados. 5ª Es importante que no perdamos de vista la conciencia de la limitación atendiendo, a su vez, al principio de precaución planteado por Jorge Riechmann, en su reflexión sobre las gentes razonables que no quieren viajar a Marte.

Al final el libro se incluyen cuatro interesantes anexos: «Sobre la medicina hipocrática», «Newton y Goethe en la ciencia moderna», «Sobre la objetividad» y «Sobre ciencia y religión».

Esta es, pues, una obra que imprescindible, pues no solo pone las bases para una cultura integradora, mucho más sólida y crítica que aquella que se empeña en separar las ciencias de las humanidades, sino que es de lectura obligada para todo aquel interesado en entender el siglo XXI. – MARTA NOGUEROLES JOVÉ

FUERTES, JOSÉ LUIS, *El discurso de los saberes en la Europa del Renacimiento y del Barroco*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca 2012, 308 pp.

Tres partes componen esta magnífica obra del profesor catedrático de filosofía moderna de la Universidad de Salamanca, José Luis Fuertes Herreros que indican el carácter de la obra, su logro más sobresaliente: la reconstrucción del tiempo del saber, del contexto filosófico en el conjunto de la adquisición de la «sabiduría» en la cimentación del mundo de Occidente que ha erigido la modernidad. Tres partes que van de Alfonso de la Torre (ca. 1430-1440) a Leibniz (1646-1716). Me voy a centrar en la primera parte, porque la obra es muy rica y la nota se alargaría en exceso, no obstante pienso que puede ayudar a que el lector vea la riqueza del libro que presentamos. Así

tras centrarme en la primera parte señalaremos de forma sucinta las otras dos, que son aun y quizás más ricas, pero quizás también más conocidas. Por otra parte pienso que en la primera parte se ponen las bases conceptuales para entender el recorrido de la obra. En todo caso en el libro se presentan autores y obras que ayudan a desvelar la lógica de un tiempo que no se ha escrito a base de impulsos, sino en un contexto que favorece el cambio, si bien siempre es necesario una chispa (una *scintilla*) que provoque el salto cualitativo. Avanzo desde el principio, pues, la grata «sorpresa» (entre comillas porque del autor se puede esperar algo así) de la lectura del libro al ir viendo en sus páginas el «eslabón perdido» que se constituye entre la Edad Media y la Edad Moderna; de una concepción esencialista a otra logoteórica, al decir de algunos (G. Hottois) —de una forma plástica, más allá de otras consideraciones—. El salto cualitativo existe, pero este no se da de forma aislada, aunque la onda expansiva sea grande. La realidad de la modernidad necesita de un motor excitante (de una causa excitativa, quizás la causalidad más importante y la menos trabajada) que diera lugar a la explosión y a la subsiguiente mutación del pensamiento. Una fórmula capaz de desarrollar un modelo, un discurso no sólo retórico sino comprensivo y constructivo. Así lo reconoce el autor en el prólogo (pp. 17-26), en sus primeras líneas: «El tema que vertebra este libro es el de los saberes, y los saberes en el Renacimiento y en el Barroco, tal como se reciben del mundo medieval, y tal como en sucesivas variaciones van a ser dejados a la Ilustración. Se va a centrar en describir, en tres momentos o partes principales, el giro que acontece en la ordenación y comprensión de la realidad, y, a la par, de la existencia, y que se expresa en los saberes» (p. 17). Y el desarrollo de esta temporalidad es lo que el autor ha intentado mostrar con acierto. Aquí estoy en desacuerdo con el autor al calificar su narración de descriptiva porque más bien creo que podría calificarse de «poética», y no es nada despectivo, al contrario. Poesía no tanto por la forma expuesta del lenguaje (que es bueno, correcto, claro y... bello), sino por la poética del pensamiento filosófico, en la